

Narrativas sobre la democracia dominicana *del Siglo 21*



TABLA DE CONTENIDOS

PRESENTACIÓN	1
<hr/>	
<u>NARRATIVAS SOBRE LA DEMOCRACIA DOMINICANA DEL SIGLO XXI</u>	7
I. INTRODUCCIÓN	7
II. DISCURSOS SOBRE LA DEMOCRACIA Y LA ACCIÓN POLÍTICA EN LA REPÚBLICA DOMINICANA	12
A. <i>EL ENMARCADO PELEDEÍSTA DE LA NARRATIVA POLÍTICA DOMINICANA</i>	15
B. <i>LA ACCIÓN POLÍTICA: ENTRE EL EVANGELISMO Y EL OPORTUNISMO</i>	30
III. OTRA NARRATIVA DE LA DEMOCRACIA DEL SIGLO XXI	40
A. <i>LA CIUDADANÍA COMO SUJETO DE LA DEMOCRACIA</i>	42
B. <i>LA INSTALACIÓN DEL RELATO: LA COMUNICACIÓN POLÍTICA</i>	53
IV. CONCLUSIONES	58
<hr/>	
<u>EL PROYECTO DE ANALIZAR EL DISCURSO POLÍTICO DOMINICANO DENTRO DEL "REALISMO CRÍTICO"</u>	65
I. PERTINENCIA DEL ANÁLISIS CRÍTICO DEL DISCURSO ADOPTADO	66
II. SOBRE LAS PRINCIPALES CONCLUSIONES DEL ESTUDIO	71
III. ALGUNAS REFLEXIONES PROSPECTIVAS PARA LA INVESTIGACIÓN SOCIAL	74
<hr/>	
<u>LA DEMOCRACIA DOMINICANA INTERPELADA POR SUS ACTORES</u>	83

PRESENTACIÓN

La revolución tecnológica de los últimos treinta años y los cambios geopolíticos de la era de la globalización han dejado en la obsolescencia una gran parte de la arquitectura conceptual que sostenía los regímenes políticos de occidente. La República Dominicana se enfrenta al reto de reconstruir la política transmoderna desde un espacio marcado por la perpetua ausencia de la institucionalidad moderna, la marginalidad geopolítica y económica, y una escasa capacidad para generar conocimientos.

La épica política del pasado siglo dominicano se concentró en la construcción de la institucionalidad moderna como el gran reto del Estado-nación dominicano. La inserción del país en el mercado global, llegó de la mano de una narrativa que buscaba realizar el mito de la siempre ausente modernidad dominicana. Como en una parodia, cuando la modernidad era puesta en cuestión en los grandes centros de poder de occidente, los debates políticos en nuestro país se tomaban la modernización más seriamente que nunca. El resultado es que bien entrado el siglo XXI, la discusión política en nuestro país no cuenta con un marco conceptual adecuado para interpretar las transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas no solo de nuestro

país, sino de la región y el mundo. Consecuentemente, tampoco le es posible analizar y criticar la configuración del poder en el país, ni pensar proyectos políticos capaces de enfrentar la tecnificación del poder en la sociedad red y la continua erosión de las instituciones de la democracia del siglo 20.

El Instituto de Investigación para el Desarrollo, Inc., se ha propuesto la realización de un modesto aporte a la discusión política en nuestro país, a partir de una investigación multimetodológica en torno a la conformación de las preferencias políticas en la sociedad dominicana. Esta investigación nos permitirá realizar en los próximos años una serie de publicaciones acerca del tema, siendo ésta la primera de ellas.

Conscientes de que apenas estamos arañando la superficie, el presente texto pretende abrir un espacio de discusión respecto a la forma de cómo se discute política y cómo se concibe la democracia en la sociedad dominicana, a partir de un análisis discursivo de entrevistas semiestructuradas realizadas a actores élites en la sociedad dominicana. Como forma de motivar ese debate, el texto que hemos presentado "Narrativas sobre la democracia dominicana en el siglo XXI" es acompañado de dos comentarios o análisis de la autoría de Pablo Mella, investigador, filósofo y

sacerdote y Beatriz Ferrer, abogada especialista en derechos humanos, respectivamente.

Finalmente, es importante agradecer la motivación y el apoyo dados por la Fundación Friedrich Ebert (Friedrich Ebert Stiftung) para esta publicación. Asimismo, deseamos agradecer los valiosos comentarios y sugerencias de Alfonso Torres y Teresa Rojas quienes nos ayudaron a corregir el borrador del ensayo.

Anselmo Muñiz, agosto 2016.

**NARRATIVAS SOBRE LA DEMOCRACIA
DOMINICANA DEL SIGLO XXI**

Narrativas sobre la democracia dominicana del siglo XXI

POR CARLOS MOREL, LETY MELGEN Y ANSELMO MUÑOZ¹

I. Introducción

El objetivo general de este artículo es poner en juego los discursos que enmarcan la acción entre los actores políticos y sociales de mayor influencia en el escenario de la sociedad dominicana. En particular, se plantea que los principales actores políticos y sociales operan dentro del enmarcado discursivo del partido de gobierno, único actor que ha sido capaz de desarrollar una narrativa política propia luego de la sedimentación del discurso balaguerista. Más aún, mediante el uso de técnicas de análisis del discurso y el empleo de teoría crítica, se pretende develar algunas deficiencias conceptuales en la oposición, específicamente la progresista, así como en los movimientos sociales y la sociedad civil organizada, que impiden a estos actores desarrollar una acción política que supere los marcos de la narrativa peledéista.

¹ Carlos Morel es especialista en derecho y desarrollo y en investigación para el desarrollo. Lety Melgen es economista con especialización en investigación económica. Anselmo Muñoz, especialista en métodos para la investigación social y en estadística, también es abogado. Los tres trabajan en el Instituto de Investigación Social para el Desarrollo (ISD), institución que lleva a cabo la investigación en que se inspira este trabajo.

Es importante destacar que este texto se nutre de 33 entrevistas semiestructuradas realizadas a personas relacionadas de una manera u otra con el devenir político y socioeconómico del país y que, por su trabajo, rol político o conocimiento, se encuentran en una posición de especial relevancia. Entre las personas entrevistadas se destacan dirigentes y candidatos de los principales partidos políticos, funcionarios públicos, intelectuales, líderes empresariales, activistas sociales, periodistas, líderes religiosos y dirigentes de la sociedad civil organizada. Estas entrevistas forman parte de un proyecto de investigación más ambicioso sobre la cultura política dominicana contemporánea, que incluye también grupos focales y encuestas. Las entrevistas se enfocaron en una serie de temas que abarcan la conceptualización de la democracia, el diagnóstico del estado actual de la política dominicana, y las propuestas de acción política transformadora, entre otros.

El artículo parte de un marco crítico-realista en el cual se entiende que lo discursivo no constituye la configuración total de un sistema político-social dado, sino que es uno de sus componentes. Dicho de otra forma, lo discursivo construye una "actualidad" que es a la vez productora y producida por el sistema existente. De tal manera, podemos capturar la agencia de los actores políticos, sociales y económicos en un

marco estructural y analizar cómo las ideas políticas responden a la realidad actual y, aún más importante, cómo influyen o inciden tanto en la interpretación de la realidad social por parte de los agentes, como en el horizonte de las acciones concebibles por esos agentes.

Lo interesante del realismo crítico es su enfoque en la relación entre agentes y estructura. Como filosofía de la investigación social, el realismo crítico rechaza tanto la visión determinista del estructuralismo, como la visión puramente voluntarista y a veces nihilista de las escuelas posestructuralistas. En contraposición, el realismo crítico trata de dar una respuesta sistemática a los problemas propuestos por ambas tradiciones, admitiendo que, si bien la realidad social está altamente compuesta por los factores biológicos, ambientales, tecnológicos y socioeconómicos, no menos cierto es que esos mismos factores (que se influyen entre sí) son interpretados y afectados a través de los marcos discursivos que permiten a las personas interactuar con su entorno social. Esta visión se corresponde con una filosofía ecléctica influenciada por el realismo trascendente y varias corrientes marxistas y posestructuralistas/posmodernistas. Desde esta perspectiva, se hace una distinción entre el mundo y cómo lo experimentamos, a la vez que se marca distancia de la concepción empírico-atomista de

la realidad social. Así, por ejemplo, el discurso político de un agente constituye una actualidad que si bien responde a la realidad estructural bajo la cual el agente actúa, aun así, es capaz de influir de una forma específica sobre esa realidad, al crear un horizonte de acciones en el que algunas son concebibles y otras no.

En lo concerniente a los discursos acerca de la democracia en la República Dominicana, si bien se podría concebir la existencia de un sin número de visiones y definiciones, lo relevante en la coyuntura actual es que todos los actores del sistema manejan conceptos que fluyen de manera constante entre una visión homogénea y las diversas concepciones específicas de cada uno. Esto quiere decir que el hecho de que, en un momento determinado, los actores sociales puedan referirse a la democracia dominicana simplemente como el control electoral del pueblo sobre sus gobernantes, no implica que, al ser cuestionados de manera individual, estos actores no se adscriban a definiciones particulares relativas tanto al contenido formal y procedimental de la democracia, como a su contenido ético-político. Sin embargo, como se verá más adelante, estas diferencias constituyen matices dentro de una misma narrativa política.

Al ser cuestionados sobre el sistema político dominicano y cómo abordar sus retos, la gran mayoría de los entrevistados presenta ideas enmarcadas en un lenguaje y presupuesto comunes a la narrativa hegemónica. Incluso, aquellos que intentan criticar lo hegemónico no logran superar los marcos de su narrativa.

La premisa anterior no agota la realidad puesto que la misma no se deja describir o capturar en su totalidad. Sin embargo, se trata de una proposición que puede servir como punto de partida para explicar el contexto actual dominicano, en el cual el PLD ha logrado imponerse como actor hegemónico y ha configurado las relaciones económicas y políticas en favor de su proyecto político particular. Esta imposición se ve reflejada en la variedad de los discursos de los actores sociales entrevistados, cuyas posturas son ápices del enmarcado peledista. Así, un argumento central de este texto es que es muy poco lo que se puede avanzar para destaponar el proceso democrático dominicano mientras se comprenda la política en los mismos términos de la narrativa hegemónica (la del PLD). Para propiciar un acontecimiento político que pueda producir cambios patentes en el país es necesario construir una narrativa de la democracia ciudadana del siglo XXI. En este sentido, este trabajo

concluye con el esbozo de algunos elementos germinales de esa posible narrativa.

II. Discursos sobre la democracia y la acción política en la República Dominicana

La principal discusión sobre la democracia que se puede apreciar en las entrevistas, gira en torno a la calidad de la representación y la participación ciudadana. Existe un discurso institucionalista defendido desde una visión liberal clásica de la democracia como un gobierno de representantes elegidos en elecciones competitivas. Este discurso aparece asociado tanto a los actores empresariales como a los actores gubernamentales, así como a los principales partidos de la oposición. En contraposición, se encuentra un discurso basado en una visión de la democracia participativa que reclama mayor peso de la ciudadanía en los procesos políticos (o institucionales) no mediados por representantes. Este segundo discurso es más común en los actores del movimiento social, en los partidos de oposición autodefinidos como progresistas y en la sociedad civil organizada.

No obstante, existe un consenso casi unánime entre los entrevistados, en identificar el clientelismo como el principal impedimento para la democracia en el país.

Los matices surgen a partir de cómo enfrentar el clientelismo según cada discurso. Los actores que defienden una democracia representativa liberal ven el clientelismo como un problema que debe ser resuelto a través del fortalecimiento de las instituciones del Estado, como el Sistema Judicial, la Junta Central Electoral, etc. Por el contrario, desde aquellos que defienden una visión de la democracia participativa, el clientelismo es inherente a la democracia representativa, y debe enfrentarse con la creación de mecanismos de participación directa de la ciudadanía en el ejercicio de gobierno.

Un fragmento típico del primer discurso es la opinión de Alberto², quien es dirigente del PLD y congresista de la República. Al responder en relación a su visión de la democracia y los elementos que la constituyen, señala que es un *"proceso competitivo con una pluralidad de actores, con elección periódica, con un decálogo determinado de derechos, de garantías y libertades, me conformo con esa percepción de libertades democráticas"*. Asimismo, afirma: *"No me atrevo a aventurar un ejercicio de competencia electoral sin organizaciones estructuradas tipo partidos, sean partidos políticos o movimientos o*

² Todos los nombres de los entrevistados son seudónimos.

agrupaciones. Sin embargo, tampoco concibo una sociedad donde los actores sociales no sean clave”.

En cambio, los representantes de la oposición progresista o de izquierda, así como los representantes de movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil organizada hacen énfasis en lo limitado que resulta concebir la democracia solo desde una perspectiva electoral, y proponen una visión participativa de la democracia. Uno de los ejemplos más acabados de este discurso es el de Abel, miembro de la dirección nacional de Alianza País, quien señala que *“...el eje central de la democracia es la soberanía ciudadana a partir de la cual es que sería configurar todo el esquema de poder [...] Yo tengo una visión en la cual la soberanía de una u otra manera ciudadana es una condición permanente, y..., aunque sea convocada en momentos puntuales, debe tener mecanismos de control, de seguimiento, de acompañamiento y por tanto ejercicio soberano”*. Para Abel, la democracia requiere de mecanismos como las veedurías públicas, las consultas, los referendos, los presupuestos participativos, etc., para limitar y complementar el poder público que ejercen los representantes.

A. El enmarcado peledista de la narrativa política dominicana

De las entrevistas se pueden resaltar tres elementos muy característicos de la narrativa política hegemónica en el país. Primero, la discusión en cuanto a la suficiencia o insuficiencia de elecciones periódicas en las cuales haya una oferta más o menos variada de opciones electorales, como elemento fundamental de la democracia. Segundo, la mediación institucional de la participación ciudadana ya sea a través de movimientos sociales (incluyendo a la sociedad civil organizada), partidos políticos o mecanismos gubernamentales. El tercer elemento característico, como se verá más adelante, es el clientelismo y el rol de la institucionalidad del Estado frente a ese fenómeno.

En el discurso del partido de gobierno, estos elementos sirven para crear un marco en donde el sistema político dominicano es definido como una democracia (debido a la presencia de elecciones periódicas y a la diversidad de partidos políticos), en la cual las organizaciones sociales y de la sociedad civil son las portavoces de las demandas de la población, y su trabajo consiste en hacer lobismo y presionar al gobierno para empujar temas de la agenda social en las instituciones del Estado. Asimismo, la política es

concebida solo en su aspecto electoral o formal bajo el dominio exclusivo de los partidos políticos, sirviendo para validar un mandato político, pero no para la conformación y defensa de intereses políticos atados a posiciones y concepciones adversariales (relaciones de poder) de cómo regir la sociedad.

En este punto, Pedro, experto en comunicación política, y Miguel, economista, investigador y profesor universitario, ambos intelectuales ligados al proyecto político del presidente Medina, explican en qué consiste esa narrativa. Pedro, al hablar sobre la participación de la sociedad civil organizada y los movimientos sociales, dice lo siguiente: *“Yo creo que la democracia es el espacio donde más se condiciona el actuar a [la opinión del] público y yo creo que la participación social es la más directa y más segura de incidir sobre los actores públicos, es decir, de condicionarlos. Entonces, en ese sentido, dentro del marco democrático juega como un instrumento, el más potente...”*. Pedro agrega que, si se pone *“al mejor Presidente a gobernar un país como éste, él se va a tener que inclinar donde la balanza diga, si él es político...”* por lo que, concluye este joven intelectual: *“No hay la posibilidad de desarrollar un proceso de cambio real, yo creo que lo más que se puede es esto que está pasando ahora ¿Por qué? Porque no hay forma alguna de llevar un proceso solo, es decir, no*

vas a empujar la sociedad, es la sociedad la que condiciona al gobernante, las políticas públicas se dan condicionadas por la sociedad”.

Por su lado, Miguel señala: *“Yo creo que la sociedad civil todavía no ha dimensionado el poder que puede llegar a desarrollar. Es decir, si hoy nosotros tenemos una medida de política pública tan importante como la inversión del 4% para la educación, eso es impensable sin el papel de la SCO. (...) Eso fue un logro fundamental de la sociedad civil con la academia, con algunos políticos, con muchísima gente que forzó y que creo que fue una, digamos, de las derrotas del ex-presidente Leonel Fernández (...). Y esa ruptura se produce específicamente por su negativa, a tal punto, que el presidente Danilo Medina entendió que era una conquista y había que ponerle presupuesto”.* De igual forma, al evaluar los dos gobiernos más recientes (ambos del PLD), agrega: *“cuando tú miras al pasado Presidente y al actual Presidente parece como si fueran de dos partidos distintos. Uno digamos muy ligado a los sectores más conservadores, digamos a la FNP, y otro que parece ha retomado el centro liberal y democrático, histórico y fundacional de ese partido [en referencia al PLD]”.*

Alberto, congresista de la República y dirigente peledeísta comparte un marco similar al expresar que no es posible *“concebir una democracia bien*

configurada sin una sociedad civil que tenga la libertad de expresarse. De una democracia sin medios de comunicación, también como actores que pueden ser capaces de colocar temas en agenda, de colocar la agenda pública, pero también de canalizar demandas ciudadanas". Luego afirma que si no estuviera comprometido con un partido político "estuviera trabajando en una institución de auditoría social. Pero no para gritarle, no para estar en una tensión permanente entre ayuntamiento y estos enemigos del ayuntamiento, sino para auditar que los fondos públicos vayan dirigidos a programas o generación de bienes colectivos (...)". Entre los ejemplos que ofrece para sustanciar sus argumentos, Alberto señala: "... la lucha contra la isla artificial me parece que fue un movimiento social interesante. Un modelo interesante de participación ciudadana que terminó con que un gobierno que quería auspiciar la isla artificial tuviera que revocarla. Lo de la cementera de Gonzalo también".

Este discurso entiende a los partidos políticos como entes separados de la ciudadanía, con fines inherentes. Como se ve, aquí la democracia no puede ser más que el mecanismo para elegir entre las diferentes propuestas electorales siguiendo un modelo de mercado, en el cual los electores son consumidores que votan por el mejor prestador de un servicio. Mas parecería que las decisiones sobre políticas públicas, la

configuración del poder, etc., son desplazadas hacia el ámbito de lo técnico para ser discutidas entre la tecnocracia gubernamental y los grupos de interés sectoriales representados por la sociedad civil organizada; esto se hace evidente desde el momento en que estos actores relevan al plano institucional y formal los procesos de participación y toma de decisiones de la población. De igual modo, se presenta una separación tal entre ambos espacios, que a la sociedad civil se le prescribe una conducta neutral en lo relativo a la política electoral y partidista, como condición de la eficiencia de su accionar. En efecto, esto es visible en la opinión de Valentiniano, miembro de la juventud del PLD y parte del equipo técnico de un legislador, quien afirma que: *“Hay que diferenciar los movimientos sociales, porque también se han disfrazado algunos que son movimientos políticos o de ataques políticos que se divorcian del objetivo, que es conseguir o tener una conquista social”*.

Todo lo anterior responde a la narrativa peledéista en la cual el buen gobierno es dominio de la técnica, pues responde no a intereses políticos, sino a leyes científicas. En este sentido, un Estado moderno y eficiente es aquél que ha sido vaciado de contenido político y es dirigido conforme a los criterios de los técnicos más capacitados y honestos. Estos técnicos deben hacer la labor de balancear los intereses

encontrados de las demandas de la población, y para ello se apoyan de las organizaciones civiles y sociales que sirven de intermediarios entre el gobierno y la población. Por su parte, los partidos políticos no deben ser, según esta narrativa, representantes de intereses, clases o segmentos de la sociedad, sino prestadores del servicio técnico de gobierno, representantes profesionales, que serán elegidos en la medida en que puedan ofertar un mejor producto que sus competidores.

En contraposición, quienes defienden una visión participativa de la democracia critican el carácter representativo del sistema político dominicano por permitir los excesos de los representantes y por limitar el empoderamiento de la ciudadanía. El clientelismo, identificado casi unánimemente como el gran escollo de la política dominicana en la actualidad, es presentado como una consecuencia de la institucionalidad propia de la democracia representativa. Desde esta perspectiva, se piensa que un control poselectoral de la gestión pública, incluyendo la posibilidad de retirar el mandato a ciertos funcionarios, sería la forma de luchar contra el clientelismo y garantizar una mejor gestión pública. Esta es una visión bastante extendida dentro del movimiento social dominicano y también entre los

actores que, de alguna u otra manera, adversan al PLD.

En efecto, Juana, politóloga y asesora del PRM en la campaña electoral de 2016, al expresarse sobre los elementos que caracterizan la democracia, señala: *“La participación de la gente, espacios reales de participación en la toma de decisiones de cuestiones que afecten sus vidas, cuando les interese. Poder en la población para poder revocar el mandato cuando los gobernantes se desvían de sus funciones y actúen mal”*. En la misma sintonía, Felipe, dirigente del Frente Amplio, partido aliado al PRM, apunta que *“en las circunstancias históricas de la humanidad, el elemento clave que define la democracia es la participación directa de los ciudadanos y ciudadanas en las decisiones públicas”*. Al preguntársele sobre qué tipo de mecanismos concibe, Felipe responde: *“Se necesitan mecanismos de poder en los barrios. Pero mecanismos efectivos, eficaces”*.

Es posible apreciar la misma concepción de la democracia participativa entre los actores de los movimientos sociales y la sociedad civil organizada. El discurso crítico tanto de las instituciones del Estado, como de las gestiones de los gobiernos peledéistas, tiene que ver con la “perversión” de la representación como consecuencia del poder incontrolado de los

representantes. En este aspecto, Amarilis, investigadora, profesora universitaria y activista feminista y GLBT señala que la problemática dominicana es que *"tenemos una democracia electoral, no una democracia participativa"*, caracterizada, además, porque todos los gobiernos que ha conocido *"no responden a las demandas de la ciudadanía, son totalmente sordos"*, razón por la cual defiende la *"participación en la toma de decisiones que es justamente lo que le hace falta a la democracia dominicana o lo que más le hace falta"*.

Un elemento en el que coinciden los discursos liberal y de la democracia participativa es en ubicar el *locus* del poder político en la institucionalidad estatal. En ambas formas de pensar, el poder de la ciudadanía se visualiza casi exclusivamente como una cuestión de la institucionalidad del Estado. Tanto representantes del gobierno, del sector empresarial, de los movimientos sociales y de los partidos sean tradicionales, progresistas o de izquierda, concluyen que la problemática de la democracia dominicana tiene como centro la cuestión de las instituciones estatales.

Este es quizás un elemento central en el enmarcado peledéista, ya que desde la década de 1990 el PLD, adaptando a sus necesidades el discurso neoliberal, desarrolló una narrativa alrededor de la modernización

del Estado como imaginario para conseguir el progreso económico y social del país³. La modernización se concibió en los términos de reformar las instituciones estatales para hacerlas más eficientes y más democráticas, así como para combatir la corrupción e incentivar la inversión. En la narrativa peledéista, la institucionalidad del Estado es presentada como una cuestión exclusivamente técnica (y ciertamente tiene mucho de eso), por lo que la política se reduciría al afán de adoptar los modelos institucionales más apropiados a partir del estudio comparado de ciencias políticas. En la actualidad, muchas organizaciones de la sociedad civil, movimientos sociales y partidos de oposición, incluso los autodenominados progresistas, repiten el mismo discurso peledéista respecto a la institucionalidad del Estado.

Dentro del discurso de la democracia participativa sustentado por los sectores progresistas, y en menor medida por el PRM y la izquierda tradicional, la falta de empoderamiento ciudadano es producto de un diseño institucional equivocado en el Estado. Se trataría, pues, de adoptar un diseño institucional distinto para permitir una interacción más directa entre Estado y

³ MOYA P., F. Lucha por la democracia 1961-2004. En MOYA P., F. (Ed.). *Historia de la República Dominicana*. Ediciones Doce Calles, Santo Domingo, 2010, pp. 587-657.

ciudadanía, reduciendo el poder de los intermediarios, vale decir de los políticos. En otras palabras, se trata nuevamente de un proyecto modernizador del Estado, en el cual se asume que el problema es la política en sí misma, encarnada en los malos políticos que se rehúsan a implementar las reformas institucionales adecuadas.

Cónsono con la narrativa peledéista, sus adversarios y una gran parte de las organizaciones de la sociedad civil o movimientos sociales, asumen una visión en la cual el pueblo es un sujeto prístino y bondadoso, cuya voluntad puede ser realizada por el Estado, pero solo si no es pervertida por la intermediación de los políticos. Un ejemplo casi arquetípico de esto es la opinión de Mario, sociólogo, experto en educación, y militante de una organización de izquierda que adversa al PLD, quien afirma que la democracia es *"el poder de decidir su destino de las mayorías más humildes"*.

Asimismo, Patricia, dirigente de Opción Democrática, afirma *"(...) yo creo que nuestro reto es hacer que esa democracia representativa funcione. Y debe funcionar en primer lugar logrando que los representantes sean representantes de verdad. (...) Si no hay esa relación entre el Estado y la sociedad, entonces no hay posibilidad de que esa democracia funcione"*.

También Abel, candidato por Alianza País en las elecciones de 2016, presenta una visión centrada en la modernización institucional del Estado, planteada, en este caso, como el imperio de la ley: *“En RD no vemos por ninguna vía que haya desde el Estado, desde el liderazgo más allá del Estado, una cultura del respeto a ley, del imperio de la ley. En la democracia, la única dictadura posible es la dictadura de la ley. (...) cuando la ley no es justa, la cambiamos, pero mientras rige tenemos que respetarla, y eso es lo que más o menos puede armonizar, o contribuir a armonizar la vida en sociedad”*.

Esta visión ayuda a explicar la persistencia del moralismo entre los sectores progresistas. Si la lucha política consiste en adoptar las instituciones correctas, y eso es una cuestión de conocimiento técnico-científico, solo un déficit moral de los líderes políticos explicaría que a estas alturas nuestro país no haya adoptado esas instituciones. Sin embargo, esta visión del poder como una función casi exclusiva de la institucionalidad estatal no permite articular un proyecto político desde fuera del Estado, porque no puede comprender en sí misma la agencia (o capacidad de acción) de la ciudadanía. La acción política queda supeditada a la institucionalidad estatal y a quien la controla; en otras palabras, la capacidad

para transformar el Estado y la sociedad están subordinadas a las políticas que ponga en marcha el propio Estado. Así las cosas, se configura un círculo vicioso del cual el país no puede escapar. Quizás por eso, como se presentará más adelante, muchos de los entrevistados expresan que la forma de romper con el dominio hegemónico del PLD es a través de la perseverancia y el ejemplo de una práctica política alternativa, ideas que resuenan poderosamente con la idea cristiana del evangelismo misionero.

El enmarcado del PLD en la narrativa política también es patente en el análisis del clientelismo como fenómeno político. La mayoría de los entrevistados, incluyendo a aquellos que son del partido de gobierno o que están vinculados a éste, han hecho referencia a que el clientelismo es el principal escollo del sistema político dominicano.

Es importante recordar que, durante las décadas de 1980, sobre todo en 1990, el PLD fue conformando una narrativa centrada en la moralidad y la formación profesional de sus cuadros. Con el fin de la guerra fría, las categorías desarrolladas por el actual partido de gobierno sustituirían, en el imaginario político dominicano, las viejas categorías que encuadraron el enfrentamiento entre el reformismo por un lado y el perredeísmo aliado a la izquierda, por el otro. Al

ubicarse la corrupción o el clientelismo como categoría central del análisis político, se subsumen en ella las estructuras sociales que configuran el poder y los mecanismos mediante los cuales el poder impacta y crea la realidad social. Al mismo tiempo, la lucha política se plantea como un apéndice de la función institucional de castigar los delitos de la administración pública.

Lo anterior no es una afirmación ni de que la corrupción y el clientelismo no son problemas fundamentales que afectan al país, ni de que son temáticas de poca importancia para la configuración de proyectos electorales. En 1994 y 1996 las plataformas electorales del PLD claramente capitalizaron con cierto éxito ese discurso para superar el bipartidismo. Sin embargo, es importante analizar en qué medida el actual debate sobre esos temas es funcional a la narrativa hegemónica.

En primer lugar, hay un cierto nivel de consenso entre los actores en que el clientelismo y la corrupción responden a factores como la falta de educación y de conocimiento de los derechos, así como la pobreza. Esto es ejemplificado por el siguiente comentario de Juana: *"Pero también tú tienes una realidad concreta, falta de oportunidades y la pobreza que ha*

construido... que han propiciado un sistema de carácter clientelar paralelo al institucional (...)".

En segundo lugar, también existe la idea, entre los sectores críticos al gobierno, de que la gran innovación del PLD en materia de clientelismo y corrupción ha sido extenderlos a los sectores empresariales y los sectores medios. En tercer lugar, entre los actores más jóvenes, y entre aquellos más ligados a la sociedad civil y al activismo social, existe la percepción de que el gran problema del clientelismo es la falta de fronteras ideológicas en el sistema dominicano de partidos, ya que esta carencia implica la falta de compromiso entre los partidos políticos denominados tradicionales y les permite convertirse en partidos "atrápalo todo".

Ahora bien, cuando se plantea que el obstáculo central para la acción política democrática es la falta de controles institucionales a la corrupción, la cual constituye un mecanismo que subordina a un electorado carente de conciencia sobre sus derechos, toda posibilidad de acción desde fuera del Estado queda cerrada. Solo quien ya controla el Estado tiene agencia para enfrentar o no esa situación. Más aún, al afirmar que el sistema dominicano de partidos, carece de fronteras adversarias por la falta de ideología, y no a la inversa, revela una concepción metafísica de la

política en la cual el poder es ignorado por completo. Esto así porque es a partir de la lucha por el poder que se genera tanto las fronteras adversariales como los constructos ideológicos que las explican.

En la medida en que se justifica casi exclusivamente el fracaso de los partidos que adversan contrarían al PLD en el clientelismo, se ignora la amplia construcción discursiva (o ideológica, si se quiere) del PLD para enmarcar la política dominicana. Así, el clientelismo no ocurre en el contexto de un vacío narrativo, sino todo lo contrario. El clientelismo solo puede operar justamente porque es parte de un sedimento ideológico que dota de significados concretos a los mecanismos asistencialistas y caritativos en los cuales el patrón (el político) representa la satisfacción inmediata de un deseo actual del cliente (el votante). Ese deseo puede ser una lavadora, una consultoría o una obra de infraestructura, lo relevante es que hay una construcción discursiva (además de la construcción material/social que también existe, tema fuera del objeto de este trabajo) que justifica la realización del sujeto a través de la satisfacción del deseo.

La construcción de una subjetividad que pueda dotar de otros significados la relación clientelar y abrir nuevas posibilidades de acción política, pasa por dos cosas: primero, una teoría de la agencia democrática,

por ejemplo, las candidaturas GLBT, como acción performativa de reconocimiento del derecho a ser elegidos, o en el caso de los desnacionalizados, una acción política que posibilite al sujeto más que salir a reivindicar sus derechos como ciudadano pasivo, lo haga como ciudadano activo que se atreve a ocupar los espacios de poder; y segundo, una narrativa política que dé cuenta de ese agenciamiento vinculándolo con las ideas, sesgos, deseos y emociones ya existentes en la sociedad. En otras palabras, se puede desplazar el significante desde la institucionalidad estatal hacia la ciudadanía capaz de conquistar esa institucionalidad vinculante. Claro que solo desde el Estado se puede transformar la sociedad, pero debe tomarse en cuenta que el Estado es un espacio social que para ser transformado, se requiere que sea ocupado por agentes democráticos; en este sentido, primero hay que plantearse la forma en cómo esos agentes democráticos pueden ocupar el espacio estatal.

B. La acción política: entre el evangelismo y el oportunismo

Un elemento importante que surgió entre los entrevistados es la sensación de que el país se encuentra en el cierre de un ciclo o fase a raíz de la crisis del sistema de partidos. Se argumenta, aún por

parte de algunas personas cercanas al partido de gobierno o al proyecto del presidente Medina, que los principales estudios de cultura política reflejan una falta de confianza en los partidos políticos y en instituciones clave del Estado. Esto sería un indicio de una fuerte crisis en el sistema de partidos y de un consecuente cambio de ciclo.

Máximo, empresario y político afiliado al Partido Reformista, por el cual ha ocupado cargos electivos, señala que *"(...) los partidos dejaron de tener reglas, dejaron de renovarse, las cúpulas son las mismas. Negocian entre ellos mismos, se alían entre ellos mismos... Entonces ese es el ciclo de estos [últimos] 40 años que podríamos estar en la puerta o del relanzamiento de los partidos, o de que haya cabida ya definitivamente de partidos emergentes"*. Más adelante agrega que el sistema de partidos dominicano *"no existe [porque] están asociados unos con otros"*.

Con una visión similar, pero desde un punto de vista a la izquierda, Martín, activista del movimiento social y candidato en las elecciones de 2016 por uno de los movimientos aliados al PRM, señala que el sistema dominicano de partidos es *"inexistente"* porque *"[aquí] existen maquinarias electorales, que es una cosa que forma parte de los mecanismos de partidos,*

pero no son los partidos porque los partidos son más que eso”, más adelante agrega “el partido de aquí se llama el partido de los empresarios, ya. (...) si tú le quita la bandera son todos lo mismo, porque todos hacen lo mismo, dicen lo mismo (...)”.

Miguel, intelectual vinculado políticamente al proyecto del presidente Medina, alega que en estos momentos: *“Yo creo que estamos en una suerte de fin de una era y comienzo de otra, en un cambio de época”.* Luego agrega que, a partir de 2004 inició un proceso de cierre del ciclo liberal; el país se empezó a mover hacia un sector conservador.

Esta sensación de cambio o cierre de ciclo es compartida por otros actores, por lo que cabría preguntarse si los diversos actores políticos conciben la política dentro de un marco discursivo preparado por el partido hegemónico. Tal cual lo planteado en el acápite anterior, ¿cómo puede ser interpretado ese posible cambio dentro de la narrativa hegemónica? Y más aún, ¿cómo es posible superar los marcos discursivos de dicha narrativa para que los actores políticos que buscan una mayor democratización puedan ser capaces de orientar la acción política en esa dirección?

Con respecto a esta discusión, en el momento actual de la política dominicana existen dos formas

arquetípicas y opuestas de explicar el cambio social que tienen gravitación en el mapa de actores políticos y sociales del país. Estas dos formas de explicar el cambio son i) como producto de la generalización de una nueva idea; o ii) como producto del desarrollo immanente de las fuerzas sociales⁴.

En el primer caso, por el énfasis que se hace en la difusión de valores e ideas, y por el impacto determinante de la voluntad en los portadores de esas ideas, esta explicación podría denominarse “evangelista”, en la medida en que se requiere que un grupo portador de una verdad, pueda evangelizar a la sociedad mediante el activismo, la propaganda o la educación. Dentro de los sectores autodenominados progresistas o de izquierda, así como dentro del movimiento social, esta visión está muy extendida⁵. María, activista del movimiento social y cooperante con mucha experiencia en las principales organizaciones de la sociedad civil, ilustra muy bien este punto al expresarse sobre cómo concibe un proceso rupturista con el estatus quo de la política: “Es que iniciemos un proceso de acumulación de fuerzas que probablemente tenga que pasar 1, 2, 3 concursos electorales, pero que se vaya haciendo un trabajo

⁴ Cfr. MUÑIZ, A. *La democracia: entre el evangelismo y el oportunismo*, 5 de julio de 2016, online en: <http://nuestrotiempo.com.do/2016/07/05/la-democracia-entre-el-evangelismo-y-el-oportunismo/>

⁵ Ídem.

alternativo, con pequeños espacios de formación como el que te decía: las escuelas de formación sociopolítica, sean itinerantes, sean... y aunque seamos pocos. Yo creo que eso es posible, pero con un trabajo tesonero, sacrificado y sabiendo que no tenemos recursos".

En la misma forma, Joaquín, dirigente de Opción Democrática, señala: *"Yo le he dicho al equipo directivo, el país que estamos construyendo se comienza a construir en este equipo, si nosotros logramos ser diferentes, democráticos, eso nos capacita para ir al país, y en un fenómeno de multiplicación llegar a formar una masa crítica con principios democráticos, pero si fallamos entre nosotros no hay posibilidad".* En un tono muy similar, Julia, candidata del PRM, al ser inquirida sobre cómo cree que se puede articular un proyecto de cambio democrático, responde: *"Creando liderazgo. Creando liderazgo de compromiso. Y que la gente te asuma como que tú estás creando un compromiso directamente con ellos y tu involucrarlos en el proceso. Es la única forma".*

Como se señaló con anterioridad, esta forma de concebir la política resuena con la tradición evangelista en la cual la labor constante de unos pocos creyentes que predicán la palabra tendría como consecuencia la

conversión masiva de las almas de buena fe al ser éstas últimas iluminadas por la verdad de La Palabra. Así, el testimonio de organizaciones alternativas que practican una política diferente, sería capaz de capitalizar el voto de una población desencantada con la política tradicional y que aspira a una mejor vida. La constancia y el sacrificio serían el aval del compromiso con un mejor futuro.

Adicionalmente, esta forma de concebir la política ha impedido la confluencia incluso dentro de proyectos cuyos programas, discursos y estética son muy similares como el bloque encabezado por Alianza País y el bloque de Opción Democrática y la APD. A pesar de las mínimas diferencias exhibidas por sus candidatos presidenciales en el debate organizado por la Asociación Nacional de Jóvenes Empresarios (ANJE) de cara a las recientes elecciones de mayo, ambos pequeños bloques fueron incapaces de confluir bajo el argumento de la falta de compromiso en el otro.

La misma justificación se planteó como objeción para confluir con el PRM. Desde Opción Democrática, Patricia objeta, a modo de ejemplo, que el PRM ha llevado como candidato a congresista a Antonio Marte, una persona condenada por corrupción, sobre lo cual afirma *"O sea, ¿qué cambio es que tú me estás diciendo? Por el contrario, o sea, lo que eso me dice*

es que no puedo creer en tu propuesta". Mientras que Betania explica las razones que han imperado en el bloque encabezado por Alianza País: "Es que la oposición es una oposición en dos direcciones, y en tres y hasta en cuatro. Hay una oposición del mismo modelo neoliberal, es cómo desarrollar y cómo enriquecerse, y cómo mantenerse en el poder para beneficio de un grupo muy reducido. Entonces esa oposición no tiene fuerza para llamar a la unidad en términos de una democracia que las personas estén debidamente representadas, participativa, consultada (...)". El corolario de esta posición es la limitación de estos proyectos a franjas muy reducidas del electorado. Este espacio reducido también tiene como consecuencia un discurso que es entendido por la mayoría de la población como ajeno a la realidad de República Dominicana, ingenuo quizás, y por ende no tiene capacidad de expandirse en el electorado. Cabría reflexionar qué tanto esta condición explica el fracaso electoral de esos proyectos específicos.

Por otro lado, entre los actores ligados al empresariado o a los partidos tradicionales, se plantea la visión opuesta que hace referencia a las estructuras inmanentes y que muchas veces conduce a posiciones oportunistas. Pedro es un ejemplo de este pensamiento que le lleva a afirmar lo siguiente: "*(...)no hay la posibilidad de desarrollar un proceso de cambio*

real (...) Porque no hay forma alguna de tu llevar un proceso solo, es decir tu no vas a empujar la sociedad, es la sociedad la que condiciona al gobernante (...) el asunto es si realmente hay condiciones para, más allá de ese patrimonialismo, construir una alternativa y yo creo que [no] hasta que no haya un sacudión suficiente como para que los más ricos se vean allá abajo". Como consecuencia, Pedro opina que el trabajo debe hacerse fuera del ámbito político-partidista, en el movimiento social tratando de trabajar y condicionar al actual gobierno de Medina, el cual, según su opinión, puede ser receptivo.

Para Elizabeth, joven analista política, en lo inmediato *"(...) lo más inteligente políticamente sería tratar de hacerlo dentro de una de esas estructuras que ya existen. O sea, tratando de penetrar el PLD, viendo como una siembra un poco de pensamiento progresivo-liberal adentro del PLD, porque uno no puedo competir contra esos gigantes"*.

Manuel, empresario y representante de la sociedad civil en Santiago, entiende que solo luego de un proceso de educación y difusión del conocimiento pueden darse los cambios sociales que pueden sustentar un cambio político. Señala que *"la educación es la que nos va a dar la capacidad de exigir salud, de exigir... la calidad de vida que nosotros merecemos,*

los servicios que nos debemos (...) después que estemos educados, sabremos definir claramente dónde está la corrupción que es un tema importante, eh, sabremos exigir salud". A raíz de lo anterior, Manuel señala que ese proceso tomará tiempo y que pasarán varios años hasta que ese proceso de difusión del conocimiento cree ese nivel de educación en la población. En un tono similar, Máximo señala que los cambios solo ocurren cuando un acontecimiento socioeconómico incentiva la movilización espontánea de los sectores más empobrecidos y genera una crisis: *"Cuando el pueblo se expresa, cuando las clases C y D, que son la gran mayoría, se deciden, y lamentablemente se deciden cuando ya tienen un hartazgo demasiado grande, y cuando el daño cuesta mucho revertirlo, entonces hay un cambio"*.

En el trasfondo, esta visión enfatiza la prevalencia de las estructuras sociales (y a veces medioambientales) así como la configuración del poder, las relaciones de producción, el desarrollo tecnológico y productivo, los rasgos culturales, las instituciones político-sociales y su desarrollo histórico, etc. Este es el tipo de explicación que ve el cambio social como un proceso teleológico independiente de la voluntad expresa de las personas. El desarrollo de las sociedades pasa por el surgimiento y consolidación de las instituciones y patrones culturales que caracterizan una sociedad desarrollada, ya sea, según la ideología de quien hable, un mercado

libre, un Estado de Derecho, una clase social revolucionaria, etc. Como el desarrollo es visto como una función de procesos sociales inmanentes, los actores políticos deben aprender a “navegar las corrientes” políticas, adaptándose a cada momento de la realidad social, lo cual puede conducir a posturas conservadoras u oportunistas, ya que la realidad es asumida como algo dado que obedece a sus propias dinámicas o reglas.

Ahora bien, resulta evidente que ambas opciones son insuficientes para explicar un proceso de cambio social democratizador. La democracia resulta de una situación en la que no habiendo la posibilidad para que surja un actor dominante, un discurso democrático viene a llenar la necesidad social de una narrativa sobre la cual fundar un acuerdo de gobernabilidad. Sin embargo, para que un discurso democrático pueda incluir a los diversos actores de la sociedad, depende de la correlación de fuerzas en cada momento. Es decir, los arreglos solo serán democráticos para aquellos grupos con suficiente peso político para hacer de sus exigencias un aspecto integral del discurso democrático y del acuerdo de gobernabilidad consecuente. Por el contrario, no importa cuántos argumentos o razones se tenga, o cuantas protestas se haga, una sociedad democrática no será posible siempre que un actor, cualquiera que sea, se encuentre en una posición dominante (y dominante no significa absolutamente dominante). En este sentido, la

democracia dominicana se construye en el espacio que queda entre el voluntarismo evangelista de los grupos que pretenden construirla mediante un cambio radical y el determinismo oportunista de los grupos que ven la lucha por el poder como una realidad dada e incambiable por lo que están dispuestos a negociar lo que sea con quien sea⁶.

III. Otra narrativa de la democracia del siglo XXI

Si la hipótesis presentada en los acápites anteriores es verdadera, el reto de los actores democráticos en República Dominicana es construir una narrativa política que provea su propio enmarcado, para así potenciar un horizonte de acciones más allá de lo permitido por el enmarcado peledeísta. Se entiende como enmarcado, el proceso mediante el cual se establece la relevancia de las ideas, los acontecimientos, la información y las cosas, al tiempo que se establece la relación entre ellos con el fin de provocar una determinada interpretación o evaluación de la realidad social⁷. Por ejemplo, establecer la importancia del crecimiento económico y su necesidad para el bienestar de la mayoría, y establecer el PIB como mecanismo para medir ese bienestar con el

⁶ Ídem.

⁷ CASTELLS, M. *Comunicación y poder*. Alianza Editorial, Madrid, 2009, p.218.

objetivo de reducir la evaluación de un gobierno en los términos del crecimiento formal del PIB.

Como establece CASTELLS⁸, el poder se construye configurando la toma de decisiones, por coacción o por construcción de significado (o por ambas a la vez), y en este sentido, la construcción de marcos de pensamiento en la actualidad ocurre principalmente en los medios de comunicación, los cuales son un escenario importante de la batalla por el poder. Para luchar en el campo de la comunicación política, es necesario estar dotado de las herramientas discursivas adecuadas. La política mediática consiste en los procesos necesarios para instalar un relato que programe el accionar de ciertos sectores de la sociedad.

En este orden de ideas, es preciso señalar que un relato debe dar al segmento social al que se dirige un marco de interpretación de la realidad social. En suma, debe ser capaz de programar a ese segmento para que actúe de determinada manera y en busca de determinados objetivos. Sin ello, la acción política se regirá por los significados del adversario y por lo tanto servirá a sus intereses. En este último acápite se plantea algunos elementos conceptuales que pueden

⁸ CASTELLS, M. *Ibid.*, pp. 257, 261-267.

contribuir a desarrollar esa narrativa, aclarando que tal narrativa solo puede ser el resultado de la acción común de diversos actores sobre la base de su praxis política y no el resultado de un ejercicio puramente académico ni de la imposición unilateral de la dirección política de un grupo determinado.

A. La ciudadanía como sujeto de la democracia

Como práctica social y política, la democracia precisa de un sujeto que se ha denominado genéricamente “la ciudadanía”. En la tradición liberal de la democracia las personas se convierten en ciudadanos soberanos y delegan el poder en sus representantes electos, de ahí que en esta tradición la única preocupación es garantizar un debido proceso de delegación o elección⁹. Como expresa LOZANO, la transición democrática en América Latina se planteó como un proceso de fortalecimiento institucional para abrir espacio a los actores democráticos, es decir, a la ciudadanía¹⁰. Ahora bien, desde un primer momento en esta visión se enfocó el locus de la ciudadanía en la institucionalidad estatal, bajo un marco de derechos civiles y políticos no necesariamente atados a una práctica social del individuo.

⁹ Cfr. CASTELLS, M. *Ibid.*, p.257.

¹⁰ Cfr. LOZANO, W. *La razón democrática*. Editorial Unibe, Santo Domingo, 2013, p.43.

La narrativa política dominicana, anclada en el marco del liberalismo, presentó la modernización del Estado como el requisito para la transformación de los pobladores en ciudadanos. En el relato dominante, la ciudadanización es un proceso formal que ocurre con la mera declaración en el texto constitucional y legal. En la medida en que el Estado dominicano se autodefine como Estado de Derecho (ahora Estado Social y Democrático de Derecho) todos “somos” ciudadanos y “tenemos derechos”; solo resta reclamarlos. Sin embargo, si la función del ciudadano solo es reclamar derechos, la agencia y el protagonismo de la democracia está en el Estado y quienes lo ocupan.

El análisis presentado demuestra que para la mayoría de los actores entrevistados los protagonistas de la democracia son los representantes que ocupan el Estado, mientras que la ciudadanía tiene un rol pasivo. Incluso aquellos que reclaman una democracia participativa concebida como una reforma institucional para crear una ciudadanía activa, son incapaces de visualizar los ciudadanos como sujetos dotados de agencia suficiente para promover esos cambios institucionales; y en consecuencia no pueden plantear claramente quién ni cómo se pueden producir esos cambios (a falta de una ciudadanía activa). En esa

dirección, un elemento inicial para construir una democracia apropiada sería concebir la ciudadanía, en otros términos.

La elección de la ciudadanía no es casual. En primer lugar, desarrollar el concepto responde a un interés de conectar con las posturas y visiones de los actores democráticos o progresistas en la República Dominicana, pues de lo que se trata es de superar los límites de esas visiones, no de descartarlas. En segundo lugar, el concepto de ciudadanía es una categoría política capaz de vincularse a cualquier persona en su calidad de individuo, sin importar su pertenencia a grupos sociales determinados o excluyentes (como clase, género, etnia, etc.), y al hacerlo, permite a personas muy diversas, crear vínculos políticos concretos y contingentes en relación a sus intereses comunes como ciudadanos (en especial el reclamo de derechos). En tercer lugar, en la medida en que las técnicas de ejercicio del poder se “personalizan” y el poder se ejerce directamente en el cuerpo y la mente de los individuos, la lucha se convierte en una lucha personal, por lo que la categoría de ciudadanía permite reconectarla al aspecto político, a la acción colectiva. En este último sentido, autores tan diversos como HARVEY¹¹,

¹¹ HARVEY, D. *Rebel cities: from the right to the city to the urban revolution*. Verso, Londres, 2012, pp. 3-4, 128, 136-140.

TOURAINE¹² y MASON¹³ han reconocido, de alguna u otra manera, que en la actualidad los derechos ciudadanos son la mejor expresión de la lucha política por la democracia y la justicia social. Para estos y muchos otros autores, la radicalización política de los derechos ciudadanos y los derechos humanos constituye la nueva bandera de las luchas democráticas debido a su capacidad de enfrentar a un mundo inhumano con los deseos de múltiples y diversos individuos que luchan por vivir mejor.

Es importante destacar que en el presente el rol de la ciudadanía en la democracia dominicana se encuentra en crisis como consecuencia, por un lado, de una tradición cultural autoritaria y de un problemático desarrollo socio-económico. El capitalismo dominicano ha quedado marcado por una visión extractivista de una clase económica cuya única ideología es la extracción de capital a toda costa, heredada desde tiempos coloniales¹⁴. Esta forma de desarrollo económico tiende a mantener estructuras autoritarias y a impedir la institucionalización de las demandas democráticas, pues somete al Estado al servicio de los

¹² TOURAINE, A. *Después de la crisis*. Kindle (Spanish edition).

¹³ Cfr. MASON, P. *Postcapitalism: a guide to our future*. Ferrar, Strauss and Giroux, Nueva York, 2015, pp. 177-181 y 207-2013.

¹⁴ Cfr. ACEMOGLU, D., SIMON J. y JAMES R. *The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation* (Los Orígenes Coloniales del Desarrollo Comparativo. Una Investigación Empírica.) En: *American Economic Review*, 2001, v91(5, dic), pp. 1369-1401.

intereses económicos de particulares. Peor aún, los partidos políticos dominicanos se han convertido en corporaciones extractivas, basadas en un sistema de política clientelar. La llegada del discurso neoliberal poco ha hecho para cambiar esta realidad, y hasta cierto punto la ha afianzado. La incapacidad de mejorar las condiciones económicas de los pobres resulta en un ambiente de mayor exclusión social, entendida como una ruptura del tejido social, creando una realidad institucional precaria que exacerba las desigualdades sociales y desarrolla la no-ciudadanía de grandes segmentos de la sociedad¹⁵.

Por otro lado, esta crisis de la ciudadanía también resulta de una serie de cambios políticos, tecnológicos y comunicacionales que han redibujado el mapa social, sustituyendo los sujetos sociales corporativos por sujetos sociales individualizados y fluidos que adquieren mayor capacidad de representarse a sí mismos. Los medios sociales en internet han creado un espacio donde cualquier persona tiene la posibilidad de exponer su imagen a todo el mundo, a un nivel nunca antes visto. En términos políticos, eso ha significado una transformación considerable en relación al pasado. En el siglo pasado, la política se

¹⁵ ESTRELLA, J. *Ciudadanía y Exclusión Social*, En: CORDERA, R., RAMÍREZ, P. y ZICCARDI, A. (Coord.) *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, Siglo Veintiuno Editores, México D.F., 2008, p. 299.

daba en términos de representar a un otro socialmente determinado, por lo que existían partidos obreros, burgueses, nacionalistas, soberanistas, etc., (por ejemplo, un Partido de los Trabajadores o un Partido Demócrata Cristiano).

El desarrollo tecnológico ha cambiado esta relación de representatividad, haciendo que hoy se dé en términos de una auto-representación. El individuo ya no necesita buscar agrupaciones colectivas para tener algún sentido de representatividad, sino que puede dejarse sentir a través de los medios de comunicación. Ahora bien, esto no necesariamente se ha traducido en una capacidad aumentada de auto-representarse políticamente, y por ende no nos lleva automáticamente a una sociedad compuesta de individuos empoderados. Incluso la sobre individualización de la representatividad tiene como consecuencia una concentración en la política como cuestión de intereses particulares. Esto lleva a la contradictoria situación de que se validan discursivamente los derechos y prerrogativas de los individuos, pero se destruyen o debilitan las estructuras sociales y colectivas capaces de hacer estos derechos posibles.

En la era del PLD (1996-presente) el ciudadano se ha conceptualizado solo como un sujeto vinculado

jurídicamente al Estado, con capacidad para elegir y ser elegido. La delegación de poder que legitima al gobierno republicano se presenta en términos puramente formales y el contenido de la democracia es dejado a la tecnocracia estatal. Tanto el partido de gobierno como sus competidores plantean ofertas prediseñadas al electorado, en espera de que éste le elija. Como consecuencia, las luchas democráticas que en la actualidad se verifican en el país no se ven reflejadas ni en el discurso de los partidos ni en sus candidatos.

En este sentido, las demandas democráticas actuales adquieren la forma de luchas sociales (antipolíticas), desvinculadas de la lucha electoral por el poder político. Como se planteó con anterioridad, esta dualidad entre lo social y lo político sirve para evitar que las luchas democráticas puedan tener un impacto real en las estructuras de poder, porque no se reflejan en la lucha electoral. En la política contemporánea, las luchas democráticas solo pueden ser representadas por sus protagonistas directos, por lo tanto, cada quien solo puede ser un político democrático en la medida en que representa sus intereses concretos como ciudadano.

Lo anterior no significa que se ha perdido el carácter representativo de la democracia, todo lo contrario;

claramente la autoridad pública recae sobre un grupo determinado y limitado de personas a quienes se elige para ser representantes. Pero esta cualidad no se obtiene como consecuencia de la capacidad de encarnar a un sujeto social externo, una clase o un grupo de intereses, sino como consecuencia de la calidad ciudadana de la persona representante, quien ejerce la función pública por derecho propio, en tanto ciudadana dotada de derechos políticos, sociales, económicos, etc., que se representa a sí misma, y subsidiariamente a aquellas personas, igualmente ciudadanas, que ven reflejados en ella sus intereses y reclamos.

Esto debe llevar a reflexionar críticamente, en el caso dominicano, sobre la ausencia en la política partidista de liderazgos que nacen de las luchas democráticas contemporáneas. En el caso de algunos actores que se definen como progresistas o de izquierda, se plantea la acción política como un proceso de evangelización en el que se le ofrece a la ciudadanía la salvación a través de un programa, encarnado en un líder salvador, de modernización (o reforma) del Estado. El problema principal de esta visión es que sufre de un realismo ingenuo. Parte de la proposición falsa de que, si las personas pueden escuchar y entender su mensaje, votarán por ellos y el país se "arreglará", dejando de lado un proceso de agenciamiento entre

sus seguidores que pueda resultar en una primera fase de desarrollo ciudadano y que luego pase por una fase de proyección política y de verdadera posibilidad de tomar las riendas de la democracia dominicana.

Como se ha planteado, otros actores que expresan una visión más pragmática, rayana en el oportunismo, que busca adherirse a estructuras políticas ya establecidas para poder influenciarlas y "mejorarlas", y que finalmente sirve para validar el estado actual de cosas como el único posible. Al no ser capaz de cuestionar la institucionalidad del Estado peledeísta, o al hacerlo de una manera leve, este pragmatismo solo puede fortalecer su dominio, al tiempo que tampoco plantea un proceso de agencia de la ciudadanía.

Para superar la dicotomía entre el evangelismo y el determinismo oportunista, otro relato de la democracia dominicana debe apelar a la política como el espacio para afirmar los derechos y deseos de todos los ciudadanos. También debe apelar a que la condición para la afirmación de los derechos propios es la afirmación de los derechos de los demás ciudadanos, e identificar los agentes y las estructuras antidemocráticos que vulneran esos derechos. Asimismo, debe vincularse la afirmación de los derechos con la condición de humanidad que nos es común. Vivimos en una sociedad inhumana, y es solo

la afirmación de los derechos ciudadanos lo que puede devolverle su humanidad.

Sin embargo, para superar el carácter legalista y limitado del discurso de los derechos, la acción política debe enmarcarse en una narrativa adversarial. No es solo exigir el derecho propio o prometer garantizar el derecho ajeno, es afirmar políticamente los derechos mediante la acción política en contra de los poderosos. La afirmación de los derechos no se plantea en el marco institucional del Estado peledéista, pues eso sería mendigar y los que mendigan no gobiernan. Se trata de enfrentar al adversario en todos los espacios sociales posibles para encarnar o dar cuerpo al propio discurso. En vez de plantear como adversarios a los partidos políticos, y al ciudadano como un espectador, esta narrativa debe plantear que los adversarios son los ciudadanos y el grupo dominante, es decir la cúpula del partido de gobierno, y los partidos ciudadanos son herramientas de un bando en esa lucha, como el PLD lo es del otro bando.

En este nuevo enmarcado, los liderazgos que surgen deben superar la imagen tradicional del liderazgo caudillista-popular, así como la idea del líder como un "Gran Educador". Debe surgir un liderazgo ciudadano, que se plantea como miembro de la ciudadanía que sale a defender sus derechos y los de sus pares,

entendiendo al pueblo no como una masa de víctimas, sino como posibles agentes. Es decir, a pesar de la realidad social que mantiene a una gran parte de la población en la precariedad socioeconómica que impide su plena participación política, se tiene que comenzar a construir un imaginario de la ciudadanía como agente. El rol del líder en este marco no será crear una relación estrecha entre su persona y la ciudadanía, sino fungir como un vínculo entre los ciudadanos mismos. Discursivamente, lo anterior se traduce en un liderazgo político cuya particularidad representa cualquier particularidad capaz de inscribirse en el antagonismo entre la ciudadanía y el grupo dominante.

Se trata de concebir la construcción de la ciudadanía como una realidad social independiente de la validación o no en la institucionalidad cooptada por un grupo particular. La situación política actual solo puede ser resuelta por un proceso de afirmación política de la ciudadanía, al llevar sus luchas ciudadanas al escenario político, encarnándolas en representantes de cada una de esas luchas. Lograr esto quiere decir que los partidos políticos sirvan como "hubs" políticos, es decir, como un punto de encuentro entre los ciudadanos que buscan transformar el Estado y la sociedad con el fin de satisfacer sus deseos individuales legitimados por los

derechos que les amparan. En vez de “partidos-solución” se requieren partidos-movimientos sociales, es decir, partidos que sean herramientas para que los ciudadanos realicen sus derechos.

Asimismo, la acción política debe estar dirigida a vincular las luchas democráticas del siglo XXI, que son las luchas del ciudadano individual, con la lucha política electoral, por lo que las propuestas electorales deben salir de dentro de los movimientos ciudadanos que asumen esas luchas. En este contexto, debe ser incompatible asumirse como ciudadano y apoyar electoralmente a un grupo dominante que niega esa calidad. La realización individual como ciudadano está atada a la posibilidad de enfrentarse contra ese grupo dominante para hacer realidad sus propios derechos. Lucha que no puede llevarse a cabo de manera solitaria. En pocas palabras, en la narrativa de la democracia ciudadana tiene que identificarse claramente el grupo dominante (con nombre y apellido), que impide a los ciudadanos dominicanos realizar sus derechos, y la necesidad de desplazarlo del Estado.

B. La instalación del relato: la comunicación política

Otro aspecto que debe abordarse en este texto es el de cómo operaría políticamente un concepto de

ciudadanía como el que se ha planteado más arriba. En este ángulo, cabe señalar que al plantear la ciudadanía como una agencia que puede operar aún en el contexto de un sistema que le sea hostil, se busca un elemento de programación de la acción política y social de esa ciudadanía. Es decir, el concepto de ciudadanía tendría que desplegarse en el marco de una narrativa contra hegemónica que serviría para generar nuevos significados que promuevan determinadas actuaciones políticas.

Lo anterior parte del reconocimiento de que la política contemporánea consiste, en buena parte, en la construcción de significados que (re)programen las conductas y los procesos sociales. Las decisiones técnicas sobre políticas públicas responderán a los códigos hegemónicos. En una narrativa que busca convertirse en marco político hegemónico de la sociedad las decisiones técnicas se adoptan dentro de los lineamientos de esa narrativa. En otras palabras, se trata de popularizar otra forma de concebir la democracia y las instituciones, por lo cual nos encontramos claramente frente a una batalla discursiva, que es lo mismo decir ideológica en el lenguaje de la vieja política.

Esta narrativa debe construirse a través del uso de las herramientas propias de la política del espectáculo de

nuestra época. Las nuevas tecnologías de la comunicación y la información han transformado no solo los procesos de comunicación social, sino la política misma. La capacidad de generar noticias, escándalos, de imponer agenda, es fundamental no solo para difundir un mensaje, sino para crear valores propios de una nueva sociedad.

Es importante reconocer que las investigaciones de las últimas décadas tanto en ciencias políticas como en ciencias cognitivas dan al traste con la visión del ser humano como un actor puramente racional. En su lugar presentan un ser humano cuya propia racionalidad está influenciada por las emociones y los deseos, así como por las construcciones y estructuras socioeconómicas¹⁶.

La centralidad de las emociones en los antagonismos políticos es un elemento descuidado tanto por los actores progresistas como por los de la vieja izquierda. Una concepción de la ciudadanía como agencia, ofrece la oportunidad de trabajar un relato de la democracia que se concentre en el individuo como un sujeto que desea y siente, y la democracia como un régimen de administración del poder público para

¹⁶ Cfr. DRUCKMAN, J. N., & LUPIA, A. Preference formation (Formación de las preferencias). *Annual Review of Political Science*, 2000, V. 3, No. 1, pp. 1-24; también CASTELLS, M. *Op. Cit.* Pp. 257-259.

satisfacer los deseos y responder a los sentimientos de la ciudadanía. La democracia, por lo tanto, no puede plantearse solo como una racionalidad, sino como un sentir de la ciudadanía que busca realizarse como individuos en un contexto en el que tal realización está sujeta a la colaboración con el otro y al uso de recursos comunes.

La democracia se impone no como resultado de una racionalidad superior, sino como la racionalización de una diversidad, muchas veces antagónica, de sentires y deseos. En consecuencia, el individuo se vincula a la democracia como el espacio de búsqueda de su realización individual y se convierte en ciudadano en la medida en que emplea su agencia para afirmar un orden político que le garantiza esa realización a todas las personas y por lo tanto a él o ella como individuo.

En consecuencia, la instalación de esta narrativa de la democracia dominicana debe asumirse sobre la base de crear una simbología que vincule los sentimientos y deseos de los individuos a la democracia. Esto implica desarrollar un proceso emotivo de vincular la identidad del individuo al ejercicio de su agencia, a su desarrollo como un actor que tiene una capacidad real (sin importar que tan mínima) de impactar en su ambiente social. Es canalizar el deseo de superación individual y atarlo a la acción colectiva. Adicionalmente esa

simbología se crea en los medios de comunicación de masa puesto que se trata de un espacio privilegiado de la lucha política actual¹⁷.

Otro aspecto a resaltar es que, para lograr instalarse en un segmento relevante de la sociedad dominicana, esta narrativa debe plantearse en términos de ruptura radical con la institucionalidad que sustenta el relato hegemónico. La ocupación de espacios públicos y determinadas acciones físicas para subvertir el orden institucional establecido constituyen elementos centrales de la política del espectáculo. El reto es atarlos a las demandas democráticas contemporáneas del país.

Concretamente, se trata de incorporar la ocupación de los espacios públicos o de las instituciones como acción política para exigir determinadas concesiones atadas a demandas democráticas concretas. Por ejemplo, una actuación de este tipo sería la ocupación de la Junta Central Electoral, para exigir su recomposición, por haber sido un espacio institucional clave en la desnacionalización de un número todavía indeterminado de personas, la expulsión indiscriminada de centenares de inmigrantes, la exclusión de centenares de miles de personas del

¹⁷ Cfr. CASTELLS, M. *Op. Cit.* 261-290.

padrón electoral y de la organización de un proceso electoral plagado de irregularidades.

IV. Conclusiones

Este trabajo se ha planteado dos objetivos principales. El primero de ellos ha sido identificar y enmarcar los discursos de los actores políticos y sociales de influencia en la República Dominicana. La principal conclusión que resalta es que los discursos políticos de casi todos los actores se encuentran enmarcados por la narrativa del PLD, limitando así su accionar político.

El segundo objetivo consistió en aportar algunas ideas a partir de lo encontrado, que sirvan como punto de partida para reconducir un proceso político que pueda destaponar el estado actual de la democracia dominicana. Específicamente con la construcción de un relato contra hegemónico que permita reprogramar y configurar un proceso de democratización en el cual el concepto de ciudadanía sea repensado y pueda ser montado en un nuevo accionar que canalice las energías que actualmente se encuentran vertidas en lo social hacia lo político.

Por último, es importante aclarar que este trabajo no tiene animo alguno de menospreciar o restar validez a los discursos de los actores opositores (sociedad civil,

partidos progresistas, movimientos sociales, etc.), muy por el contrario, la intención es plantear otro marco de análisis que permita rebasar la narrativa peledéista apoyándonos de muchos de los elementos que ya se encuentran en esos discursos.

El espacio que queda abierto para construir una democracia en la República Dominicana parece ser el de la ciudadanía comprometida. La pregunta que se abre es pues ¿Qué actores ocuparán ese espacio, qué actores podrán dar forma a un partido de la democracia ciudadana?

Bibliografía:

ACEMOGLU, D., SIMON J. y JAMES R. The colonial origins of comparative development: an empirical investigation (Los orígenes coloniales del desarrollo comparativo: una investigación empírica.) En: *American Economic Review*, 2001, V. 91, pp. 1369-1401.

CASTELLS, M. *Comunicación y poder*. Alianza Editorial, Madrid, 2009.

DRUCKMAN, J. N., & LUPIA, A. Preference formation (Formación de las preferencias). *Annual Review of Political Science*, 2000, V. 3, No. 1, pp. 1-24.

ESTRELLA, J. Ciudadanía y Exclusión Social, En: CORDERA, R., RAMÍREZ, P. y ZICCARDI, A. (Coord.) *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, Siglo Veintiuno Editores, México D.F., 2008.

HARVEY, D. *Rebel cities: from the right to the city to the urban revolution* (Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la revolución urbana). Verso, Londres, 2012.

LOZANO, W. *La razón democrática*. Editorial Unibe, Santo Domingo, 2013.

MASON, P. *Postcapitalism: a guide to our future* (Poscapitalismo: una guía para nuestro futuro). Ferrar, Strauss and Giroux, Nueva York, 2015.

MOYA P., F. Lucha por la democracia 1961-2004. En MOYA P., F.(Ed.). Historia de la República Dominicana. Ediciones Doce Calles, Santo Domingo, 2010.

MUÑIZ, A. La democracia: entre el evangelismo y el oportunismo, 5 de julio de 2016, online en: <http://nuestrotiempo.com.do/2016/07/05/la-democracia-entre-el-evangelismo-y-el-oportunismo/>

TOURAINÉ, A. Después de la crisis. Kindle (Spanish edition).

**EL PROYECTO DE ANALIZAR EL DISCURSO
POLÍTICO DOMINICANO DENTRO DEL
"REALISMO CRÍTICO"**

El proyecto de analizar el discurso político dominicano dentro del “Realismo Crítico”

POR PABLO MELLA¹⁸

Me resulta muy desafiante y grato que me hayan invitado a comentar este trabajo —pionero en más de un sentido— titulado “Narrativas sobre la democracia dominicana del siglo XXI”, de la autoría de Carlos Morel, Lety Melgen y Anselmo Muñiz. El trabajo es pionero, en primer lugar, porque lo es para sus mismos autores, jóvenes pensadores y comprometidos que se lanzan audazmente al ruedo de las ciencias sociales dominicanas con esta investigación. El trabajo también es pionero porque aborda la temática política de manera novedosa aplicando el análisis del discurso a entrevistas de diversos actores sociales, no solo partidarios. El autor de referencia para el análisis del discurso político dominicano lo ha sido hasta ahora Manuel Matos Moquete; pero sus estudios se han ocupado sobre todo de analizar discursos formales de los grandes líderes políticos dominicanos del siglo XX. El estudio, por último, es pionero porque la novedosa metodología que comienzan a esbozar sus autores visibiliza tópicos que otros estudios sobre la temática no han considerado y que invitan a continuar investigando.

¹⁸ Instituto Superior Bonó, Santo Domingo, 31 de julio de 2016.

Mi comentario se organiza en tres momentos. En primer lugar, reacciono retomando a mi manera el método del estudio, a saber, el análisis crítico del discurso y sus conceptos fundamentales. En segundo lugar, reflexiono sobre las principales conclusiones a los que llegan los autores. En tercer lugar, explicito preguntas que me quedan abiertas para futuras indagaciones personales, pero también para la comunidad de investigación de la temática en República Dominicana.

I. Pertinencia del análisis crítico del discurso adoptado

Pasada la mitad del siglo XX, las ciencias sociales experimentaron, junto con la filosofía, el denominado “giro lingüístico”¹⁹. La historia de este giro es rica en detalles y sutiles evoluciones. Quedémonos con lo esencial: el lenguaje forma parte del *hacer* humano y de su inscripción en un contexto social de interacción. Técnicamente se dice que el lenguaje es esencialmente *performativo*. Esto quiere decir que con el uso del lenguaje los seres humanos no solo nos referimos al mundo objetivo (dimensión *semántica*, referencial o descriptiva) sino que establecemos relaciones sociales e interpersonales en comunidades de comunicación (e incomunicación), al mismo tiempo

¹⁹ Ver Silvia Rivera, “La influencia del giro lingüístico en la problemática de las ciencias sociales”, en Esther Díaz (ed.), *La ciencia y el imaginario social*, Buenos Aires, Biblos, 1996, pp. 197-210.

en que resignificamos la comprensión de nosotros mismos y del colectivo (dimensión *pragmática*). Con la actividad lingüística no solo pretendemos referirnos al mundo objetivo ni conservar intactas las culturas en las que hemos sido socializados, sino que sobre todo tomamos posiciones e intentamos influir en la manera de ver el mundo de las demás personas.

El giro lingüístico militó especialmente contra un modo de entender las ciencias sociales: el que fue denominado como *positivismo*²⁰. Para los positivistas, solo sería confiable un saber sobre la realidad social que tuviera el mismo grado de exactitud y la elaboración matemática de las ciencias naturales. Su objetivo último y más alto es explicar y predecir con gran exactitud las conductas de los seres humanos. Su lenguaje, totalmente unívoco, pretendería ser perfectamente descriptivo de lo que acontece en el mundo, descalificando como “sin sentido” las demás formas de lenguaje.

El giro lingüístico de las ciencias sociales no estaba solo en la cruzada antipositivista. Compartía una misma preocupación con otros proyectos de investigación científico- social, a saber, mostrar que la

²⁰ Para una presentación crítica de la discusión sobre el positivismo en ciencias sociales ver Rodolfo Gaeta, “El fantasma del positivismo en las ciencias sociales”, *Filosofía Unisinos*, 13(2-supplement), (2012), pp. 225-249. Ver además, Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI / UNAM, 2006.

realidad social pertenece al ámbito de la libertad humana en su rica complejidad. Los seres humanos no son meras piezas de leyes ciegas de la historia. Tienen capacidad de recrear las estructuras en las que fueron socializados y elaborar sentidos trascendentes para llenar de matices estéticos la facticidad de la existencia.

Hay cientos de enfoques para estudiar la performatividad del lenguaje. Uno de ellos es el análisis del discurso. Para más complicación, incluso el análisis del discurso es una familia bien amplia de métodos de estudio²¹. Sin embargo, hay una serie de temas que son comunes a todos los enfoques de análisis del discurso: la importancia del contexto en que se dicen las cosas; la construcción de la subjetividad a través de los discursos (que sería el momento hermenéutico); la construcción subsecuente de relaciones interpersonales y los efectos que se desean lograr al decir algo. En este sentido, el análisis del discurso convertía la retórica clásica en un instrumento potente de análisis social.

²¹ Teun Van Dijk, "El análisis crítico del discurso". *Anthropos* (Barcelona), n. 186 (1999), pp. 23-36; *Estructuras y funciones del discurso. Una introducción interdisciplinaria a la lingüística del texto y a los estudios del discurso (edición actualizada)*, México, Siglo XXI, 2010; Aldo Merlino, *Investigación cualitativa y análisis del discurso: argumentación, sistemas de creencias y generación de tipologías de estudio de la producción discursiva*, Buenos Aires, Biblos, 2012; Helena Calsamiglia y Amparo Tusón, *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel, 2007.

Para el enfoque crítico del análisis del discurso resulta especialmente importante el conectar la actividad lingüística con los aspectos extralingüísticos asociados a las relaciones de dominación. La tentación de inflar el análisis del lenguaje debe de evitarse para no caer en lo que podría llamarse un “discursivismo”, negando idealistamente los aspectos pre-discursivos, extra-discursivos y post-discursivos de la acción. Los autores del estudio han llamado a su perspectiva “realismo crítico”, pues la comprensión científico social de la realidad política dominicana que proponen se quiere situar entre el determinismo propio de los enfoques estructuralistas de la gran teoría sociológica y la tendencia a un cierto “voluntarismo nihilista” que entrevén en los enfoques posestructuralistas o posmodernos en boga. Su preocupación tiene alguna similitud con el esfuerzo de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens por articular los aspectos estructurales que enmarcan la acción con los aspectos individuales asociados a la intencionalidad o libertad de los actores sociales, apuntando a la capacidad que tienen las personas de actuar contra las estructuras sociales, es decir, a lo que sociológicamente se conoce como *agencia*²².

²² Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995. Ver José Ema López, “Del sujeto a la agencia (a través de lo político)”, *Athenea Digital*, núm. 5 (2004), pp. 1-24, recuperado el 31 de julio de 2016 de <http://www.raco.cat/index.php/Athenea/article/viewFile/34133/33972>.

Los autores de este estudio evitan el escollo del “discursivismo” a través de dos recursos principales. El primero, una teoría crítica de la acción social, preocupada por reforzar la *agencia* de los actores sociales. El segundo, una semiótica crítica del discurso que procura visualizar el *imaginario* de la diversidad de los actores sociales sin idealizarlos. En esta semiótica la palabra clave para los autores es *narrativa*. Las narrativas son los marcos discursivos de los proyectos políticos posibles; serían como la expresión lingüística de planes ideales de acción social condicionados (pero no determinados) por la cultura política predominante, y marcados por la afectividad cotidiana y el deseo de los actores.

Para estos jóvenes investigadores, el verdadero cambio social no puede prescindir de una adecuada narrativa alternativa a la situación vigente. Ahora bien, la configuración de una narrativa alternativa es presentada como condición necesaria, pero no suficiente, para el cambio social deseado. Las palabras deben estar enganchadas en corporalidades sociales contestatarias y contar con la agencia efectiva de las personas que se visualizan hoy día como “ciudadanas” en la narrativa hegemónica, una cualidad política que los autores deconstruyen tomando distancia crítica sobre la base del método que han diseñado.

Gabriela Salazar, “Agente y sujeto: reflexiones acerca de la Teoría de la Agencia en Anthony Giddens y la de Sujeto en Alain Touraine”, *Derecho en libertad*, vol. 3 (2010/2011), núm. 5, pp. 121-138.

II. Sobre las principales conclusiones del estudio

Dada la originalidad de la metodología, los autores llegan a cuatro conclusiones que me parecen novedosas y que habrá que discutir en otros espacios. La primera gran conclusión es constatar la existencia básica de dos grandes enfoques de la democracia dominicana. La primera queda caracterizada como *liberal clásica representativa*; la segunda, como *participativa directa*. La visión liberal clásica representativa es la que predomina en los grandes partidos tradicionales y en sus actores, especialmente en el partido gobernante. La visión participativa es la que predomina en los grupos de oposición (sobre todo en los situados más a la izquierda) y en los movimientos sociales.

La segunda gran conclusión es que esta oposición de enfoques democráticos no produce, por paradójico que parezca, ninguna narrativa alternativa. Ambas posiciones se ven enmarcadas en lo que los autores consideran la "narrativa hegemónica peledéista". Se trata de una concepción de la democracia eminentemente estado-céntrica; la misma entiende que el problema básico del cambio social dominicano tiene que ver con la institucionalidad del Estado. Esta narrativa pone en el centro de toda la lucha democrática el tema de la corrupción. Al colocar la solución del problema en actores estatales, ambas narrativas acaban desactivando la agencia política de

la población y, en consecuencia, la posibilidad de plantear una visión democrática que responda verdaderamente a las transformaciones sociales del siglo XXI. Dentro de esta narrativa dominante, la construcción democrática aparece como un asunto técnico que debe de ser confiado a una casta de entendidos en asuntos estatales.

La tercera gran conclusión se deriva de la segunda. Como todos los actores políticos dominicanos (sin excepción) se ven enmarcados en la misma meta-narrativa estatal de la democracia, ninguna de sus ofertas electorales puede formular narrativamente un cambio significativo del *status quo*. Esto lleva a que, desde el punto de vista práctico, se revelen dos posiciones subjetivas en los actores políticos dominicanos. Por un lado, los que adoptan la posición "evangelizadora". Son aquellos que se creen portadores de un mensaje salvador de la situación; su responsabilidad es "enseñar" a la ciudadanía para hacerla consciente. Por otro lado, están los "oportunistas". Estos entienden pragmáticamente el cambio social, en una posición de craso realismo político. El cambio social solo puede ser muy parcial y debe de partir de la institucionalidad vigente, para mejorarla en lo que sea posible. Esta posición minimalista acaba legitimando la dominación peledéista.

La última gran conclusión, lógicamente, es la necesidad perentoria de superar esta dicotomía práctica entre el “evangelismo” y el “determinismo oportunista” que marca nocivamente la práctica política dominicana. Para disolver este dualismo improductivo y perpetuador del *status quo*, los autores visualizan dos pasos fundamentales: (1) ofrecer una narrativa democrática diferente, basada en un enfoque de derecho y en el acompañamiento a la diversidad de los actores sociales con sus demandas; (2) transformar la concepción de los partidos políticos vigentes hacia una perspectiva realmente participativa, contando con verdaderos agentes democráticos. Más que portadores de programas pre-establecidos por expertos y más que productores discursivos de grandes figuras mesiánicas evangelizadoras, los partidos estarían llamados a convertirse en espacios de encuentro (los autores, siguiendo la terminología sociológico-comunicativa de Manuel Castell, los llaman “hubs”), adoptando una figura similar a la de los actuales movimientos sociales. Por eso, es menester asumir además lo que llaman “narrativa adversarial”, aquella narrativa que al formularse identifica prácticas concretas de exclusión y los poderosos responsables de las mismas, con el objetivo de llevar a la agenda pública la pluralidad de demandas que efectivamente atraviesa la realidad social. Esta narrativa plantea, concomitantemente, la necesidad de organizar acciones políticas concretas que desestabilicen las prácticas excluyentes de los poderosos por ella

identificados, afirmando los derechos por la vía de los hechos, no solo por la vía de los discursos legalistas.

III. Algunas reflexiones prospectivas para la investigación social

El estudio de Morel, Melgen y Muñiz nos abre muchas y novedosas perspectivas de investigación sobre la democracia dominicana a partir del concepto de narrativa. Sin pretender ser exhaustivo, me limito a señalar tres.

El primer desafío de investigación puede formularse a partir de ideas wittgensteinianas²³. Tiene que ver con la pluralidad de juegos de lenguaje y formas de vida en una sociedad compleja. Si algunos partidos se convierten en esos “hubs” propuestos por los autores (espacios de encuentro hacia una convivencia social más plena) tendrán que pensar en un respeto más profundo para la diversidad de juegos de lenguaje y formas de vida. Esta problemática ha bloqueado a los movimientos sociales, como lo han mostrado los

²³ Silvia Rivero, “Ludwig Wittgenstein y las ciencias sociales”, *Hermenéutica intercultural. Revista de filosofía*, n. 16 (2007), pp. 153-170; Witold Jacorzynski, “La filosofía de Ludwig Wittgenstein como una nueva propuesta para la antropología y las ciencias sociales”, *Sociológica*, año 26 (2011), núm. 74, pp. 177-204

estudios de la socióloga colombiana Juliana Flórez Flórez desde una perspectiva descolonial²⁴.

El segundo desafío se refiere a la conexión entre lenguaje cotidiano, lenguajes políticos y metalenguaje científico social. Esta reflexión también puede emprenderse bajo la inspiración de Wittgenstein²⁵; pero igualmente con los aportes de Alfred Schütz sobre el lenguaje del mundo de la vida cotidiano y la constitución de “realidades múltiples” que instauran “ámbitos finitos de sentido”²⁶. Muchas de las prácticas populares (entre las que cabe destacar el humor) son auténticas prácticas sociales de resistencia y creación de sentido en medio de una política maniatada por fuertes grupos corporativo-partidarios. Sin esa sensibilidad epistemológica, muchas prácticas de supervivencia de las mayorías dominicanas podrán ser tildadas de “alienación” o de “clientelismo” cuando bien podrían tratarse de “prácticas populares extra-políticas del mundo de la vida”. Con otras palabras, la democracia social no se agota en lo político partidario.

²⁴ Juliana Flórez y Flórez, *Lecturas emergentes. Descolonialidad y subjetividad en la teoría de los movimientos sociales*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2010.

²⁵ Silvia Rivera, “Trabajando en los límites del lenguaje. La propuesta wittgensteiniana para las ciencias sociales”, IV Jornadas Internacionales de Hermenéutica “Hacia una hermenéutica neobarroca: mestizaje, imagen, traducción” Buenos Aires, 2 al 4 de julio de 2015, recuperado el 1ro. de agosto de 2016 de http://www.proyectohermeneutica.org/archivo/ivjornadas/actas/75_rivera.pdf

²⁶ Alfred Schutz, *El problema de la realidad social. Escritos I*, Madrid, Amorrotu, 2008, pp. 197-238.

El tercer desafío, profundizando este segundo, tiene que ver con las denominadas “epistemologías del Sur” y el giro descolonizador de las ciencias sociales latinoamericanas²⁷. No cualquier saber científico social podrá ayudar a pensar las luchas sociales en su transformación hacia movimientos sociales sostenibles y políticamente efectivos. El metalenguaje científico social no puede anular ni ayudar a domesticar los saberes no ilustrados de los actores populares en los discursos estandarizados sobre la “governabilidad” del Post Consenso de Washington²⁸. Para que la democracia dominicana apunte a nuevas construcciones sociales, tendrá que desarrollar una “ecología de saberes” y una “traducción intercultural” de esos saberes diversos que serían expresión de las “realidades múltiples” que construyen los distintos colectivos de intereses. La construcción democrática estaría llamada a preservar la diversidad existente de personas y de formas de vida contra toda tentativa de totalitarismo, sea de izquierda o de derecha.

Si la destrucción de la biodiversidad es el indicio más claro de una crisis mortífera en un ecosistema

²⁷ Boaventura de Sousa Santos, “Epistemologías del Sur”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 16 (2011), núm. 54, pp. 17 – 39; Rita Laura Segato, “La perspectiva de la colonialidad del poder”, en Zulma Palermo y Pablo Quintero (compiladores). Anibal Quijano. Textos de fundación, Ediciones del Signo / Globalization and Humanities Project (Duke University), Buenos Aires, 2014, pp. 15-43.

²⁸ Pablo Mella, *Ética del posdesarrollo*, Santo Domingo, Amigo del Hogar/Instituto Superior Bonó, 2015, capítulo 6.

determinado, la destrucción de la diversidad de formas de vida humana es signo de la destrucción de la esfera socio-política en la Casa Común que es el planeta Tierra²⁹. La apuesta por una diversidad en diálogo como parte esencial de la construcción democrática — profundamente respetuosa de las variadas narrativas realmente existentes— pondrá una retranca al lenguaje abstracto de la globalización capitalista comandada en nuestros días por el capital financiero y por las diversas formas de economía extractivista, un lenguaje legitimado por discursos de desarrollo que no se acaban de despojar de una vez por todas de la ideología moderno/colonial del progreso.

²⁹ Pablo Mella, "Cuidar nuestra casa común quisqueyana. A propósito de la encíclica *Laudato Si'*", *Raíces*, vol. 3 (2016), núm. 4, pp. 42-48.

Bibliografía:

CALSAMIGLIA, H. y TUSÓN, A. *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel, 2007.

DE SOUSA SANTOS, B. "Epistemologías del Sur", *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 16 (2011), núm. 54, pp. 17 – 39.

EMA LÓPEZ, J. "Del sujeto a la agencia (a través de lo político)", *Athenea Digital*, núm. 5 (2004), pp. 1-24, recuperado el 31 de julio de 2016 de <http://www.raco.cat/index.php/Athenea/article/viewFile/34133/33972>.

FLÓREZ, J. *Lecturas emergentes. Descolonialidad y subjetividad en la teoría de los movimientos sociales*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2010.

GAETA, R. "El fantasma del positivismo en las ciencias sociales", *Filosofía Unisinos*, 13(2-suplement), (2012), pp. 225-249.

GIDDENS, A. *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.

JACORZYNSKI, W. "La filosofía de Ludwig Wittgenstein como una nueva propuesta para la antropología y las ciencias sociales", *Sociológica*, año 26 (2011), núm. 74, pp. 177-204.

MELLA, P. *Ética del posdesarrollo*, Santo Domingo, Amigo del Hogar/Instituto Superior Bonó, 2015, capítulo 6.

_____. "Cuidar nuestra casa común quisqueyana. A propósito de la encíclica *Laudato Si'*", *Raíces*, vol. 3 (2016), núm. 4, pp. 42-48.

MERLINO, A. *Investigación cualitativa y análisis del discurso: argumentación, sistemas de creencias y generación de tipologías de estudio de la producción discursiva*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

RIVERA, S. "La influencia del giro lingüístico en la problemática de las ciencias sociales", en Esther Díaz (ed.), *La ciencia y el imaginario social*, Buenos Aires, Biblos, 1996, pp. 197-210.

_____. "Ludwig Wittgenstein y las ciencias sociales", *Hermenéutica intercultural. Revista de filosofía*, n. 16 (2007), pp. 153-170.

_____. "Trabajando en los límites del lenguaje. La propuesta wittgensteiniana para las ciencias sociales", *IV Jornadas Internacionales de Hermenéutica "Hacia una hermenéutica neobarroca: mestizaje, imagen, traducción"* Buenos Aires, 2 al 4 de julio de 2015, recuperado el 1ro. de agosto de 2016 de http://www.proyectohermeneutica.org/archivo/ivjornadas/actas/75_rivera.pdf.

SALAZAR, G. "Agente y sujeto: reflexiones acerca de la Teoría de la Agencia en Anthony Giddens y la de Sujeto en Alain Touraine", *Derecho en libertad*, vol. 3 (2010/2011), núm. 5, pp. 121-138.

SCHUTZ, A. *El problema de la realidad social. Escritos I*, Madrid, Amorrortu, 2008, pp. 197-238.

SEGATO, R. L. "La perspectiva de la colonialidad del poder", en Zulma Palermo y Pablo Quintero (compiladores). *Aníbal Quijano. Textos de fundación*, Ediciones del Signo / Globalization and Humanities Project (Duke University), Buenos Aires, 2014, pp. 15-43.

VAN DIJK, T. "El análisis crítico del discurso". *Anthropos* (Barcelona), n. 186 (1999), pp. 23-36; *Estructuras y funciones del discurso. Una introducción interdisciplinaria a la lingüística del texto y a los estudios del discurso (edición actualizada)*, México, Siglo XXI, 2010.

WALLERSTEIN, I. (coord.), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI / UNAM, 2006.

**LA DEMOCRACIA DOMINICANA INTERPELADA
POR SUS ACTORES**

La democracia dominicana interpelada por sus actores

POR BEATRIZ FERRER³⁰

El ensayo presentado por Carlos Morel, Lety Melgen y Anselmo Muñiz constituye un interesante aporte al debate sobre la democracia dominicana, su realización efectiva y las posibles rutas a seguir por parte de los actores de cambio. En su primera parte expone con claridad los principales discursos encontrados en las entrevistas realizadas a personas que juegan roles en diversos sectores relacionados, directa o indirectamente, con el ejercicio del poder o la búsqueda del mismo. Pero los autores van más allá de la mera exposición, enfrentando y confrontando las distintas posturas, logrando evidenciar las fortalezas y debilidades de cada una.

Es así como nos ayudan a comprender las dinámicas del poder en la República Dominicana, y los factores que han llevado a que nos encontremos en el presente con un poder casi hegemónico encarnado por el gobernante PLD, que ha logrado imponer un marco de ejercicio de la democracia, con sus reglas del juego, del cual no han sabido salirse las opciones políticas adversarias. Más aún, al analizar con mayor detalle los comportamientos de estas opciones adversarias,

³⁰ Abogada especialista en derechos humanos. Activista ciudadana.

podemos comprobar cómo se han adherido a unas reglas del juego impuestas por el PLD, aceptando de esta forma una concepción de la democracia y del ejercicio del poder que no encuentra enfrentamiento real más que en retórica. Queda claro que para romper con el modelo político que se nutre de la corrupción y el clientelismo se hace necesario desafiar los cimientos teóricos de la democracia peledista (considerada desde 1996 hasta hoy).

Al profundizar sobre las limitaciones de las opciones políticas adversarias al PLD (y aquí incluimos movimientos sociales) resulta evidente que posiblemente la mayor sea no haber presentado una contrapropuesta a la democracia tal como es concebida por el oficialismo: la ciudadanía como actor pasivo que elige representantes para hacer una gestión eficiente de la cosa pública. Se hace necesario generar una opción que permita a la democracia dominicana liberarse de los lastres de la corrupción y el clientelismo, con un sistema efectivo de contrapesos que redunde en beneficio de los ciudadanos y la realización de sus derechos fundamentales.

Hacen bien los autores en señalar los dos enfoques asumidos por las actuales opciones adversarias. El primero es más fácil de distinguir, y se trata de aquel que entiende debe adaptarse al modelo existente para llegar al poder y desde allí procurar cambios. Es un discurso de adaptación, que permite, por decirlo de

alguna forma, renunciar en determinadas circunstancias a ciertos principios con el fin de alcanzar el poder.

El segundo enfoque lo denominan como de "evangelización", y esto así porque el líder se erige en un salvador que está por encima de los demás actores, y que posee una verdad y una moral inmaculadas que deben ser transmitidas a los demás, al pueblo. Me pareció especialmente importante que los autores incluyeran este fenómeno, pues viene a tratarse, sin mayores rodeos, del tipo de movimientos que desembocan en regímenes autoritarios. Si el fin último de la democracia es la realización de los derechos fundamentales de los individuos, no puede existir una autoridad que defina lo moral, ni que defina por sí sola qué es lo mejor para la ciudadanía, en tanto la ciudadanía está compuesta por individuos que deben ser capaces de agenciar aquello que va conforme a sus intereses. Estos intereses no son inmutables, por lo que pudiéramos ver a la ciudadanía como un ente vivo, en movimiento mientras mayor sea la participación de los individuos en la democracia.

Si bien es cierto que el modelo peledeísta aparenta estar agotado, y que los niveles de corrupción e impunidad son conducentes a que surjan figuras que saquen rédito político constituyéndose en portadores de una ética superior a la de la actual cúpula gobernante, no es menos cierto que una opción

planteada en esos términos no busca realmente generar una democracia más participativa. De hecho, un partido, movimiento o persona que utilice esta estrategia se está valiendo del modelo vigente, estableciéndose como aquel que puede conducir correctamente los mecanismos actuales de nuestra democracia. No intenta cambiar el modelo, sino su manejo.

Pero como hemos visto en el ensayo, a menos que no se presente una opción de cambio estructural, que haga la transición de una democracia representativa a una participativa, no será posible la garantía de los derechos fundamentales de todas las personas. No es posible eliminar los lastres de la corrupción y el clientelismo, que corroen por un lado la institucionalidad, y por el otro la propia dignidad de las personas, si no se rompe con el modelo mismo que los ha afianzado. Cabe destacar que el concepto de democracia participativa sí está presente en algunos discursos alternativos; de lo que se trata aquí es de encajar este mensaje en una práctica política realmente conducente a la materialización de esta democracia participativa, que pasa por un enfrentamiento con el modelo vigente.

Esta reforma al modelo imperante ha de ser de fondo, con el individuo como eje central, y precisamente este es el punto quizás más relevante del ensayo: que la democracia debe servir para la realización individual

de las personas, misma que fortalecerá su ejercicio ciudadano al perseguir mantener un sistema que no solo le permite su propia realización, sino también la de los demás. Es la famosa coetilla de Jefferson en la Constitución norteamericana: "la búsqueda de la felicidad", el objetivo máximo que al ser concebido como derecho une al individuo con la colectividad y genera esa ciudadanía empoderada que la mayoría de las opciones adversarias consideran vital, pero que no han logrado materializar, quizás por esas mismas limitaciones desarrolladas en el ensayo.

La democracia dominicana está llegando a un punto de inflexión, y este ensayo constituye un aporte importantísimo a un debate que no debe dilatarse más. Espero que los actores de las opciones políticas y los movimientos sociales reciban este análisis con el mismo sentido crítico empleado por sus autores, y que sean capaces de evaluar sus propias estrategias. Al final, un modelo que tenga como eje la "búsqueda de la felicidad" del individuo, garantizará una cohesión social en defensa del propio sistema. Toca a los líderes emergentes llegar a este discernimiento, y esperamos que este trabajo sirva para ello.

La épica política del pasado siglo dominicano se concentró en la construcción de la institucionalidad moderna como el gran reto del Estado-nación dominicano. La inserción del país en el mercado global, llegó de la mano de una narrativa que buscaba realizar el mito de la siempre ausente modernidad dominicana. Como en una parodia, cuando la modernidad era puesta en cuestión en los grandes centros de poder de occidente, los debates políticos en nuestro país se tomaban la modernización más seriamente que nunca. El resultado es que bien entrado el siglo 21, la discusión política en la República Dominicana, no cuenta con un marco conceptual adecuado para interpretar las transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas, no solo de nuestro país, sino de la región y el mundo.